CONTEMPLACIÓN DE LOS CUERPOS

Luis Fernando Chueca

Título Original: Contemplación de los cuerpos

Autor responsable: Luis Fernando Chueca

Primera Edición: Estruendomudo ediciones (2005)

Segunda Edición: La Vieja Sapa Cartonera (2012)

Agradecemos al autor por la autorización a la publicación de este libro

Agradecimientos especiales: tío Vladi

Contacto:

Laviejasapacartonera@gmail.com

La Vieja Sapa

Cartonera

Índice

al chobito, hermano

Primera muerte

“Entra”, me dicen. El cuarto luce pulcro, el Cristo colgado en la pared, las cortinas cerradas. En la cama está mi abuelo. Imagino —a falta de precisión en el recuerdo— sus ojos cerrados. Los míos también porque he comenzado a llorar. Me abrazo a su cuerpo, lo acaricio, beso su rostro. Rezo: que no sea él el muerto sino yo. Pero suena en mis oídos la ley que ordena que los hijos entierran a sus padres y a los padres de sus padres. No puedo imaginar cuántas veces tendré que ver quebrado este principio.

Mi abuela sigue de pie junto a la cama. No dice nada pero sus manos tiemblan como si hubiera sostenido un peso mayor que el de sus fuerzas. Alguien habla con la agencia funeraria.

Salgo de la habitación con una marca que tambalea mis doce años. El desfile ha comenzado.

Uno

TODAS estas muertes las llevo escritas en el cuerpo

Todas tatuadas a fuego como heridas
          tenuemente
dibujadas
o crecidas cual verrugas sin que apenas
me dé cuenta

Muertes
grabadas con azufre o alcanfor en un único campo
de hermosas flores negras

que me habita

y que intuyo   o que no intuyo
en la voz azulina de la mosca
que aletea a mi costado

Todas muertes que me acechan
Como reflejos inflamados
de mí mismo

frágiles insignias cosidas a mi piel

pálpito
agudo
que se anuncia con la paciencia de una
erupción latente
a
menaz
ante

Cicatrices trazadas con destreza
de cuchillo

Los signos y las cosas (i)

Frente a la seguridad de la semiótica acerca de la distancia que separa al signo de la cosa que este representa (la efigie puesta sobre el lecho funerario del rey muerto parece estar a la raíz del término *representación*), están quienes afirman que en un buen poema las palabras son capaces convocar la presencia verdadera de aquello a lo que nombran.

Sobre esto pienso ahora que sostengo una fotografía de C y escribo este poema. Y las palabras no llegan a mostrar un cuerpo lozano en todo su esplendor. Digo C y solo alcanzo su borradura, apenas tenue sombra o recuerdo deficiente. Quizá la marca de la muerte es la definitiva imposibilidad de recuperar la imagen del ausente. Burdas copias, reproducciones, intentos que se repiten fracasando cada vez. El poema que busca hundirse ritualmente en el misterio gozoso de la vida se estrella contra la única verdad de su reverso doloroso: ninguna representación de aquel que ha muerto alcanza siquiera un hálito del ser.

P

El rostro de P se dibuja con colores primarios y trazos infantiles. Rojos. Verdes. Cianes. Amarillos. Otros pocos pueden ser de utilidad, como el violeta o los naranjas. Perturbados han de pintarse sus gestos, si pensamos en la huida interminable en alguna autopista madrileña. Violentos, por la estancia inútil en una cama de hospital. Pero algo difusos, ahora, al cabo de los años.

Intensos ojos decolorados. Incómoda la imagen. Inconclusa.
El cuerpo debe aparecer en una caja blanca. Sin vidrios que escondan el olor o que marquen la distancia. Tules y terciopelos se usarán para envolverlo. También una sábana de lino. Las mortajas deben dar la impresión de haber sido tejidas por una araña madre o dispuestas por un amante que se yergue al roce del deseo.

El cuerpo de P tatuado en rojo ardiente sobre su propia espalda. Muerto, recogido, redimido. Hermoso, todavía, si atisbamos la memoria de los que permanecen.

El hijo del poeta

El hijo del poeta lleva casi el nombre del poeta y tiene en los ojos algo de su luz. No conoce, o apenas, la leyenda que inevitablemente marca su destino. “El esplendoroso sol que se levanta”, escribió el poeta sobre el nombre de su hijo. Luego prendió fuego a sus papeles, a las viejas fotos de la abuela, a sus huesos. A sus ojos como los ojos del hijo del poeta. Euforia y paroxismo dibujaron las heridas de ese instante.

Que era necesario establecer el vínculo y era impostergable la decisión decía el poeta a punto de estallar. Y luego anunciaba su vuelta al tercer día para seguir al lado de su hijo.
El hijo del poeta arderá si lo sabe, si descubre la marca en sus pupilas o descascara la costra oscurecida de sus brazos. Pero es imposible callar la furia en el pulso del poeta y la tersa dulzura del manto que envolvía su sueño alucinado. Es inútil olvidar su paso calmo al borde del abismo.

Por eso sabrá el hijo del poeta.

Stabat mater dolorosa

Presiento la fatiga en el rostro de la madre.

Cabello oscuro. Ojos oscuros. Ropas enteramente negras.

Tiene los ojos fijos en el Cristo milagroso a pesar de la vorágine de devotos que la envuelve. Camina a ritmo quedo entre ellos y nadie la acompaña, pues hizo una promesa que ahora cumple.

Llego a percibir la quieta furia entre sus manos, la sangre en la memoria.

La madre sigue en la procesión. A punto del desmayo pero avanza, aunque solo un hielo habite ahora el centro de su cuerpo. Aunque la muerte le haya arrancado de cuajo el fruto de su vientre. “El Señor me lo ha quitado –repite, como Job–. Alabado sea su santo nombre”. Y esconde la mirada enrojecida entre cantos y sahumerios.

Yo no entiendo el precio que paga la madre por su deuda. Pero no puedo interrumpir el instante sagrado de su llanto.

Frente a frente

Mira el cuerpo. Reconoce tras su fría apariencia una historia trunca y miserable. Cada mancha azulina representa un clavo en la memoria. Cada pústula reclama tu cuidado.

Mira el cuerpo. Observa atento el rostro levemente ceniciento, la nariz aplastada, el gesto ausente de expresión. ¿Te es posible sostener la mirada enfrentándote al vacío?

Cuzco 1984

La imagen ofrece un lugar común: en Cuzco, seis muchachos en fila delante de la piedra de los doce ángulos. Es 1984, están de vacaciones y no alcanzan los veinte años. Tienen la belleza de la edad y refulgen a pesar de la jornada agotadora. No lo saben, pero miran hacia algo que la proximidad de la piedra representa.

Veinte años después me detengo ante la fotografía que conserva aquel instante.

Recorro la toma contra el orden propuesto por el lente de la cámara. El último en la fila (el primero en mi repaso) es Juan Pablo. Vive en Europa y recibo sus correos con largos intervalos. En uno reciente me habló del tiempo y la distancia que taladran la memoria. A Pancho, a su lado, lo vi hace pocos días. En el 84 era el único en quien podíamos reconocer la escritura inmediata de la muerte: la ausencia de su madre le había dejado una marca en la mirada. Pancho ha ilustrado algunos de mis poemas y quizás decida hacer un dibujo de este retrato funerario. Al despedirnos acordamos buscar a Paco, que está dos puestos más allá. Paco será el primero que lea este libro cuando lo haya terminado: comparto con él varios nombres de este listado y es posible que encuentre en él algún asomo de su voz. Para ambos escribí en 1988 un texto cuyo final decía:

“Regresamos, uno por uno / a la última esfera del infierno”. Eran tiempos oscuros y pensaba ingenuamente que el poema serviría de exorcismo. De César, ubicado entre ellos, no tengo noticias. Diría que la tierra se lo tragó si no fuera porque sé que hay abismos que de pronto se agigantan. Luego de Paco estoy yo, aunque alguien piensa que es imposible reconocerme. El primero al lado de la piedra es C. Él guardó los negativos de ese viaje adolescente del que queda como único testimonio la imagen que comento. Murió casi de golpe hace tres años: la piedra absoluta de la ausencia creciendo desde el centro de su cuerpo. Lo visitamos —Pancho, Juan Pablo, Paco, yo— varios sábados seguidos pero no pudimos verlo. Lo siguiente fue el velorio y el entierro.

Para ellos escribo este poema.

Velatorio

No vi el cuerpo. No me acerqué a la caja negra. No intenté saber cómo era ahora ese cuerpo esbelto y ágil.

Asepsia

Emplasto y algunas servilletas para limpiar el pus. Aceites que ahuyenten el olor. Agua corriente sobre el pecho y los cabellos.

No sé si lo que busco es lavar su cuerpo herido o que las cicatrices dejen de incrustarse en mi memoria.

Dos

DIFÍCIL mirar a los ojos
a quien lleva en el rostro escrita la condena

Difícil acariciar el dorso de su mano
o echar ungüento en las heridas

Difícil mirar a los ojos
a quien lleva en el rostro escrita la condena

y ver de cerca las muecas de la muerte

Difícil tocar tu cara reventada a culatazos
la carne calcinada
pellejo hinchado o carcomido
Muerte por enfermedad
muerte por disparos
o muerte por el fuego que arde en la cocina
y en los huesos

Muerte que se pega al cuerpo y no lo suelta

Difícil oír tu risa enloquecida
atabales que golpean
hasta hacerse rugido insoportable

Difícil besar tu hediente cercanía
Si llevas sobre el rostro
la condena

Difícil decir tu nombre en alta voz y repetirlo

Difícil dar un paso en esta tierra hueca

Documental

Un video narra las horas finales de Pompeya en el año 79 dC. Explica el arqueólogo que el motivo de la muerte de sus habitantes no fue la lava del Vesubio sobre los cuerpos, sino la exposición de estos a una temperatura superior a los 500 grados. “La coloración rojiza hallada en algunos cráneos es una particular incógnita. Podría ser el cerebro que comenzó a desbordarse previamente a la explosión. El calor fue tan intenso que puso a hervirlo antes de explotar”, anota fríamente.

Ensayo esa misma frialdad documental en este poema y añado, sobre acontecimientos más cercanos: "Lo que quedaba de los cuerpos fue entregado a los familiares en cajas de leche Gloria. Poco antes se hallaron, enterrados, camino a Cieneguilla, restos de un maxilar superior y cinco dientes, el cráneo de una mujer con un agujero de bala, retazos de un pantalón calcinado y un juego de llaves, que permitió identificar a las víctimas y seguir la pista de los cuerpos embolsados". O transcribo, en un nuevo giro, el comentario de un marino que explica que, a diferencia del Ejército, en su arma a los detenidos "los matan desnudos para que no los reconozcan, ni sortijas ni aretes, ni zapatos ni ropa interior. Y las prendas las queman".

Ni un asíndeton he tenido que inventarme. Tampoco las imágenes o la contraposición.

Me pregunto si hay algo que aumentar en este poema.

Díptico

(1)

La fotografía pudo tomarse en una avenida transitada. Su rostro quemado por el sol ostenta un sinnúmero de arrugas. Pero lo más nítido no es su prematura vejez o la mano que estira hacia los autos. Lo que sobresale en J es la falta de una pierna que lo obliga a mantenerse a rastras a no más de noventa centímetros del piso: no hay silla rodante ni muletas. Ese dato esconde una historia que conozco, aunque ahora no importa cuál es ni cómo sucedió. El muñón, sin embargo, se exhibe como metálica cicatriz ineludible. Y detiene el cuerpo de J, como detiene mi pensamiento en el momento en que algún médico termina de cortar su pierna y luego la coloca en un enorme vaso de formol, en una bolsa plástica o simplemente la arroja a la basura.

Mientras imagino ese instante como un envío anticipado de la muerte, J observa mi mirada esquiva, me llama por mi nombre y pide algo que, apurado, intento terminar. Tampoco importa ahora qué.

Me dirige luego unos ojos del todo alejados de la sórdida imagen que proyecta y manda saludos a mi madre. Le agradezco y sigo mi camino. Los autos corren como mi esfuerzo por no ser fotografiado.

(2)

El hombre muestra su muñón y exhibe sus medallas. “¿Tú qué hiciste?”, le pregunta a la reportera. “¿Qué hacían todos mientras yo perdía mi pierna a nombre de la patria?”, insiste con orgullo marcial e ineludible.

Yo no puedo enseñar alguna herida calada hasta los huesos. Apenas una cicatriz que una tijera dejó en mi pierna como recuerdo de un estúpido accidente. Los muñones los soñaba obsesivo a los doce años. Cuando también imaginaba que se me caían los dientes o extraviaba los zapatos. Nada más.

“¿Dónde estábamos nosotros durante el reino de la muerte?”, recupera mi atención la impostada conductora del programa. Yo desconfío de los heroísmos militares y apago el televisor. No me interesan las medallas ni muñones ni recuerdos fantasmales que me impidan mirarme la cara siquiera en el espejo. Estuve estos años haciendo el amor con mi mujer y lavando los piecitos de mi hija. Y escribí estos poemas. También reí, grité, tuve trabajo. E hice otras cosas, y alguna incluso dejó su huella al rojo vivo. Pero no veo razón para contarlas.

Recycling nude

Me traen un libro y algo me inquieta al revisarlo. *Recycling nude* hace un recorrido que va del siglo XVI al fin del milenio para mostrar cómo el desnudo femenino ha sido permanentemente reinterpretado en la historia moderna de la pintura occidental. La plenitud de la vida, el erotismo, la ternura, la delicada perversión. El sueño, la magia y el deseo. La postura desafiantemente obscena y la sutil sensualidad. Pareciera que todas las posibilidades de la mujer desnuda están cubiertas por la selección ofrecida.

Algo, sin embargo, me sigue incomodando. Busco otros libros y abro uno de fotografías de código realista. Y encuentro la imagen que mi memoria reclamaba entre tantas páginas de cuerpos femeninos. La muchacha viste jeans y calza zapatillas, y solo el torso está desnudo. Los brazos tienen cortes y el rostro se ha vuelto invisible tras la masa sanguinolenta que lo cubre. Cuatro hombres sostienen a la joven por los miembros para depositarla en un camión. No tiene vida ni se conoce su nombre. La leyenda que acompaña la foto informa que "es trasladada a la morgue de Ayacucho tras un enfrentamiento entre miembros de Sendero Luminoso y efectivos de la policía nacional".

El horror y la muerte también son posibilidades.

Celan

Leo: “Yaces a la sombra de erguidos cadáveres”.

Sí, Celan. A la sombra de la muerte y a la sombra de su turbia resonancia. Nudos, temblores, aspavientos que me ha ofrecido esta noche interminable. Depósitos de huesos y tejidos capilares. Miasma y bilis negra que engrasan las paredes sin pudor.

Leo otra vez: “Yaces a la sombra de erguidos cadáveres”.

Así es, Celan. Se levantan y se reproducen los cadáveres. Yazgo a la sombra de sus erguidos reclamos e intento ser capaz de colocar mi ofrenda bajo la ofrenda de sus cuerpos.

La memoria en las manos (3 fotografías)

La mujer sostiene el papel que su hijo le mandó desde el cuartel de Los Cabitos. El muchacho no regresó con vida ni ella pudo hallar su cuerpo ni ha logrado descansar. Pero le queda ese trozo de memoria entre las manos.

Otra señora ayacuchana enseña con ternura y rabia el retrato carné de su marido. Una vieja foto de perfil entre sus gruesos dedos demuestra que no inventó a ese hombre que negaron en todos los puestos policiales.

Una madre mira con horror las llaves en su palma. Cuando una de ellas se usa para abrir la gaveta de su hijo en la residencia universitaria de La Cantuta, sabe que ya no tiene nada que esperar.

Carnicero

Viste un mandil de carnicero. Tiene un cuchillo y una barra de afilar. Parece un carnicero. Pero a su lado solo hay cuerpos desnudos de hombres y mujeres y actúa extrañamente. Se retuerce, ríe, hace señales. Carga el cuchillo hasta la altura de sus ojos y respira. Titubea. Hace un corte sobre uno de los cuerpos. Después sobre otro. Y sobre otro. Y sobre otro. No descansa hasta cubrir todo de sangre.

Luego abandona el camal y prende fuego.

Homo homini lupus

El hombre es el lobo del hombre debería llevar de título el cuadro que R me ha traído. Pero es posible que R no lo sepa. Ella no dijo nada, estiró sus brazos y colgó su pintura de un clavo vacío en mi pared. “Ese es su lugar”, comentó al despedirse.

Alguien intenta sorprenderme: “La reproducción de Rouault la hizo una persona que no ha oído hablar de Hobbes y menos de Plauto o de Gracián, por eso omitió la frase al pie del cuerpo del colgado”.

Me molesta la rotundidad de tal observación, pero supongo que debo darle crédito. Me aflora luego la impresión de que los colores son más planos y la piel rojiza en la cintura del hombre está claramente contenida entre los pliegues de la ropa, perdiéndose el elocuente efecto difuminador del original. Las imperfecciones de la copia dan al cuadro una innecesaria nitidez, concluyo.

"¿Pudo ser de otra manera?", me pregunto al descolgar el cuadro y sostenerlo entre mis manos. El francés pintó con el estallido de la guerra en sus espaldas y tras décadas de paladear el áspero sabor de la crueldad humana, y R, 20 años apenas y toda la inocencia que otorga el desconcierto, no podía alcanzar tal sutileza. Para ella el colgado, colgado está y ese hecho es claro y contundente.

Tres

CASCAJO entre tus pies
Cascajo
Cascajo contra tus ojos como en la tercera etapa
de tu edad
Arena   humo   cascajo terroso en tu camino
como cuando ya no cae lluvia
ni hay camino
ni aliento que alcance en el pecho
ni sombra que cobije

Cascajo   viento en contra   tiznaduras
imágenes que se aglomeran
en recuerdos superpuestos que enfrentan
la mirada

y el ardor hace más nítida la herida

Cascajo   tierra seca   piedrecillas marcadas con
el sello
inconfundible del desgaste

Callado recoges los guijarros
y te reclama un jalón en la memoria

¿Serán los mismos de un camino previamente
recorrido?
¿Habrás de mirar las inscripciones y volver
cada vez hacia el punto de retorno?

El cascajo te denuncia

Tu tiempo está en las piedras
en el suelo
que evitas recorrer

La muerte se escribe sola

En 1992 escribí: “Hazte ver alondra, antes que el tiempo venza y a todos nos convierta en desperdicios”. Busco explicarme el acentuado patetismo pues la frase es anterior a C, hinchado y canceroso, previa al cuerpo quemado del poeta y al sobreprecio en el boleto Madrid-Lima de P, de regreso en una caja funeraria. Y precedió también a las marcas del colgado y al silencio de D, ese hirviente campanazo en la memoria. Para entonces tampoco había leído el *Diario de muerte* de Enrique Lihn, *Morgue* de Gottfried Benn ni, esto es obvio, *El mundo en una gota de rocío* de Abelardo Sánchez León.

Lihn afirma que no hay escritura válida sobre el tema de la muerte como no sea la que la propia muerte dirige: “Mueve su mano ortopédica como un imbécil que jugara / con una piedra o un pedazo de palo / y el papel se llena de signos como un hueso de hormigas”.

¿Con qué derecho, entonces, trabajaba estas visiones? ¿Con qué derecho lo hago hoy? ¿Alguna autoridad justifica mis palabras? Acaso haber besado a los doce años a un hombre muerto haya sido motivo suficiente. O conocer a la distancia, como tantos, historias de cuerpos arrojados en el río, madres e hijos que desaparecen, llantos por los maridos calcinados, y huesos, huesos, huesos que llevan escritas sus señas bajo cuatro capas de tierra removida. Acaso haya sido útil rasgar la tela del silencio.

Sin quererlo me he hecho parte del concierto funerario.

Es cierto que la muerte se escribe sola en nuestros cuerpos. Y ni siquiera nos es dado escoger la tinta utilizada.

Los signos y las cosas (ii)

Después de lo anotado, ¿qué palabra conserva su sentido?

Si digo *muerte*, ¿alcanzo a reflejar el horror, la ausencia, la anulación de todo movimiento? Es el silencio que se tiñe de negro sobre la manta vieja de la historia, la plena absurdidad que recupera su única y privilegiada posición.

¿Es la muerte, acaso, una palabra?

Pero debo decir, o no escribir un nombre más en estos poemas. Escribir aunque las puntas desgajen las yemas de los dedos, porque se trata de acariciar cada palabra entumecida por la muerte que se acerca imperturbable y silenciosa. Y removerla, trozarla, sacudirla. Alejarla del baile de disfraces, de los juegos de máscaras y encapuches. Revivirla boca a boca.

Epílogo

CONTEMPLACIÓN de los cuerpos
Visiones nebulosas y constantes
transcritas en una lengua que no se deshilvana
aunque debiera
ni masca su carne hasta el espanto

Y entonces cómo escribir si el hálito de vida
se adelgaza violentamente
cómo no perder la voz o hundirme
en la locura
cómo pretender que la armonía reorganice la existencia
si el verbo exacto es solo engaño ante la muerte
montada sobre el lomo

sin embargo aspira la certeza de los póstumos
latidos
dibuja sobre tu piel las marcas de los cuerpos
contemplados
y canta canta canta
que el canto redime del horror
y de la fría voz de la impaciencia
acaricia el pecho desgarrado
        el cuerpo canceroso
        el agujero en el omóplato
como al desvelo de un sexo que se hunde sobre
otro
en la más extrema perfección

golpea rasga desentierra

o arráncate los labios

pero canta